

*Françoise Rey*

*Camiones de ternura*

*Traducción de Juan Manuel Salmerón*

TUSQUETS  
EDITORES

## Introducción

Famosa desde *La mujer de papel*, novela publicada en 1989 y traducida a una docena de las principales lenguas literarias, Françoise Rey, escritora muy de nuestro tiempo, es profesora de letras en una conocida región vinícola del centro de Francia, y su figura elegante y seductora resulta ya familiar a los espectadores de programas literarios de televisión. Con cuarenta años y tres hijos, se ha ganado un puesto particular en la literatura amorosa, especialmente por su virtuosismo a la hora de describir el acto sexual en todos sus aspectos. Especialidad que no parece estorbar en absoluto el ejercicio de sus funciones pedagógicas.

De entre sus obras (varias novelas, relatos, correspondencia con Remo Forlani), confiesa una predilección especial por *Camiones de ternura*, novela publicada en 1989 pero desaparecida el mismo año por la quiebra de la editorial, de manera que resulta casi imposible de encontrar. La rescatamos ahora. Miles de lectores encontrarán en ella con delectación a su autora favorita, en un relato en el que los fantasmas de su primera novela dejan paso a realidades de nuestro tiempo.

Pues estos *Camiones de ternura* son, en efecto, vehículos muy concretos. Enormes tráileres conducidos por

camioneros jóvenes y musculosos, espléndidos caballeros de la carretera a los que la protagonista conocerá en circunstancias tanto más pintorescas cuanto que, como dice Françoise Rey:

«Eran bellos, bellísimos, radiantes, casi irreales de puro espléndidos. Les gustaba la cerveza, el vino, las copas, el humo que alucina, la carretera y el sudor, la fatiga vencida, los horizontes lejanos, el agua, la tierra, el fuego, las especias y la vida, y sobre todo la música y bailar.

»Eran altos, altísimos, gigantes musculosos y viriles. Y homosexuales...».

Pero ¿pueden tan magníficas criaturas ser sectarias al punto de practicar lo que después de todo no es más que un racismo sexual?

*Jean-Jacques Pauvert*

¿Qué sabía yo del hombre cuando los conocí? Nada. O muy poco...

Yo me había casado, rápido y mal. Rápido porque fue un matrimonio de reparación. ¡Oh!, no estaba embarazada. Sólo fui víctima de un gran escándalo y de una gran pena.

A los dieciocho años creí amar con un amor indestructible a mi querida amiga Annie, que era mi compañera de colegio desde hacía diez años. Digo «creí» porque se empeñaron en demostrarme lo contrario de manera irrefutable. No se trataba de un amor indestructible porque se destruyó en un cuarto de hora exactamente, lo que duró la visita que hicieron mis padres, farmacéuticos honorables de una pequeña ciudad de provincias, a los de Annie, comerciantes también, honorables también, si bien sólo tenderos, de la misma pequeña ciudad. Mi madre, que irrumpió en mi habitación, nos había pillado mientras Annie, con sonoros besitos, me contaba los lunares de la nariz y las mejillas. Aquello le pareció muy sospechoso, y buscando acto seguido en mi escritorio, descubrió unas cartas que juzgó decididamente repugnantes. Annie me escribía obscenidades como ésta: «Querida, estoy deseando que llegue el miércoles para cogerte de la mano en el parque...».

Mis padres «me apretaron los tornillos», como ellos mismos dijeron, el resto del año, hasta que acabé el bachillerato, momento en que me enviaron a pasar unas vacaciones de estudio con mi tía, profesora de inglés, que vivía en Limoges. Allí conocí a Simon... Limoges y repasar inglés ya era siniestro. No tener noticias de Annie rayaba en tragedia. Simon parecía amable. Yo le conté mi historia con Annie y le pedí que fuera mi cómplice para mantener un contacto clandestino con ella. Él aceptó con una mueca muy despectiva, como diciendo: «Jueguecitos de crías que no saben lo que es un hombre...». Me miraba con una seguridad pícara que quería decir: «Cuando pruebes lo que llevo entre las piernas no echarás tanto de menos a Annie». No tendría que haberme fiado de él, pero entonces no era yo traductora y, sobre todo, si él hablaba un idioma que yo ignoraba, no era otro que la seguridad pícara que hace brillar la mirada de un hombre cuando habla con una tontita, tortillera por ignorancia y por deseo insospechado de su querido miembro y todos sus poderes.

Mi tía, puesta al corriente de mis abominables desviaciones, propiciaba, a efectos terapéuticos, las visitas de Simon. Éste venía por mí para ir a la piscina o al cine, y, entre versión y versión inglesa, yo leía y releía febrilmente las pocas líneas apresuradas que Annie me enviaba a través de él. Simon me pasó exactamente tres cartas, y me metió mucha, mucha más mano. Sus caricias no me repugnaban. No era tan ingenua como para tomar mi paciencia por placer. Y él era tan egoísta, tan ciego, tan pagado de sí mismo, que casi lo habría llamado «embriaguez», si hubiera tenido un mínimo de vocabulario. Pero sólo decía:

«Ah, ¿te gusta, eh, te gusta? ¿Quieres más? ¿Quieres más?», y me manoseaba las tetas en el cine.

Volví a Bourgoin. Él vino a verme, hizo buenísima impresión a mis padres, que supieron impresionarlo a su vez ponderándole el negocio farmacéutico... Tres meses más tarde me casaba con un hombre al que no amaba. Pero como tampoco lo detestaba, todo el mundo se empeñó en pintarme el matrimonio de color de rosa. «¡No demasiada pasión!», decía mi madre, «no demasiado fuego. Eso se acaba pronto. Luego se desengaña una. Mira la Zette, se ha casado por conveniencia y ya ves, es feliz.» La Zette era otra tía mía que se había casado con la panadería Micou. Micou Hijo tenía veintidós años más que ella, un negocio próspero y una barriga enorme. Ella también tenía tripa pero no por culpa de él. En fin, que las dos barrigotas se aceptaron mutuamente, una en contrapartida de la otra, y la cosa funcionó. Micou siguió con su tripa, mi tía Zette perdió la suya y, a cambio, ganó, además de un hijo y el respeto del barrio, un aire serio incurable. No se quejaba, contaba el dinero de la caja con el ceño fruncido, suspiraba a ratos. En una palabra, era feliz.

Yo, que no contaba el dinero en mi casa porque quien lo manejaba era Simon, pero sí suspiraba cada vez más y de cuando en cuando bostezaba también, no tardé en manifestar los síntomas más claros de la felicidad. Las tareas domésticas del pisito las despachaba pronto, lo mismo que las culinarias, demasiado pronto para Simon, que habría preferido platos más elaborados. Aunque con el dinero que me daba, la verdad, poco más se podía hacer. Además, yo seguía estudiando para sacarme la carrera, y esto lo sacaba de quicio. Por las noches, cuando acababa

de fregar los platos, me ponía a estudiar en la mesa de la cocina, porque él se quedaba en el salón viendo la tele y el ruido me molestaba. Esto le hacía refunfuniar. Cuando terminaba la película, me llamaba. Nos acostábamos, él gruñía porque yo tardaba. Y cuando llegaba, seguía gruñendo: «Para eso, podías haberte quedado estudiando», y se volvía con rabia. Yo suspiraba. Pensaba en mi tía Zette. Aquello era felicidad.

Cuando nos divorciamos, un poco antes, en realidad, de hecho fue lo que me decidió, sus gruñidos habían acabado siendo insultos: yo era una inútil en la cocina, una inútil en los estudios, incapaz de sacarme el puto título ese que nos había jodido la vida tres años, y sobre todo una inútil en la cama, una inútil sin remedio, inútil como yo sola, inútil como no se puede ser más, que contaba las rayas de la tapicería mientras me follaba, que ni siquiera fingía, como si mis toqueteos de cría me hubieran estropeado algo, inútil como no se podía imaginar, inútil como para enfriar a un regimiento de legionarios...

Bien. Aquello era el no va más de la felicidad. Cuando me harté de ser feliz, cuando rocé la sobredosis, dije: «Se acabó. Adiós. Quédate con el piso, la tele, el equipo de música, las alfombras y la pasta, yo me quedo con los recuerdos, con toda la dicha que me has dado, para calentarme en invierno», y me fui. Creo que aquella misma noche Simon cenó en casa de mis padres y los tres suspiraron juntos. Que fueran un poco felices también ellos, no soy egoísta...

Yo entonces las pasé moradas, como suele decirse. Trabajillos para ir tirando y acabar de sacarme el título de inglés. Dependienta en unos grandes almacenes los sá-

bados por la tarde, niñera por las noches, clases particulares a estudiantes de instituto que chapurreaban los verbos irregulares... No quería deber nada a nadie, menos aún a mis padres, que se morían de rabia y de miedo a las preguntas del vecindario. Mi madre, según decía, sondeó sutilmente a Simon, se erigió en embajadora de sus quejas, trató de hacerme entrar en razón. «Nos ha dicho», empezó diciendo, «bueno, nos ha dado a entender que... en la cama...» Ahí acabó la exposición de motivos. La sentencia llegó enseguida, exasperada y desdeñosa: «¡Vamos! Una hace un esfuerzo, aunque no le guste».

El esfuerzo lo hice después. Decidí saber a qué atenerme, y me obligué a tener algunas otras experiencias para averiguar si de verdad era una inútil, si me pasaba algo, si no me gustaba aquello, o... La otra posibilidad no la veía muy clara, porque me parecía absurdo que Simon, es decir, el hombre, hubiera podido tener su importancia en el caso...

Sin embargo, después de varios intentos de lo más frustrantes, tuve que reconocer que el hombre no sólo tenía importancia, sino que era lo más importante. Decidí poner fin a mis investigaciones cuando tuve suficiente material para, a partir de los especímenes conocidos, clasificar la especie en cuatro categorías, bastante próximas después de todo: el quejoso, el prometedor, el acomplejado y el exigente, sin que el orden obedezca a otra cosa que a la cronología fortuita en que se me presentaron.

El quejoso, todo era hacer muecas, cubrirse con las manos el tesoro protegido y proferir exclamaciones de angustia: «¡Eh, cuidado! Me has hecho daño. Me la habrás descapullado bruscamente. Ojo. Es frágil. Muy frágil. Una

mujer no lo sabe bien. Si te dan una patada en los huevos jugando al fútbol, te juro que no te levantas. ¡Y el frenillo! Ni te cuento. Tengo un amigo que se lo rompió. Menuda hemorragia se le lió... ¡y cómo le dolía! Y otro se la torció en plena faena. No te rías, no. En ángulo recto. Conque ojo... A mí eso me bloquea, prefiero que vayas suave, si no te importa. ¡Ay, cuidado! Noto los dientes. No, un poco, pero irrita.». En fin, con éste, una vez comprobado todo, las uñas («Tienes una uña que engancha o un padastro. Te aseguro que me araña el glande»), la posición de los labios sobre los dientes, de las manos en su pelo («No, sin bromas, me da miedo que me estiren del pelo»), aún me quedaba por encontrar mucha, mucha inspiración para ponerme un poco húmeda («Estás seca, no puedo creerme que estés seca. Me la desuello...»).

Yo también tenía la impresión de que me pasase una lija por la vagina, pero no me atrevía a decirlo, porque me volvían muda el peso de mis muchas culpabilidades, sequedades y torpezas. «Ay, que me aplastas un huevo...»

Al parecer, los amantes, después de hacer el amor, fuman o beben algo juntos. A mí me daban ganas, en cambio, de llevarle el botiquín, árnica, tiritas y toda clase de pomadas que le hicieran olvidar lo bruta que había estado...

El prometedor era, de algún modo, aún más curioso. En cuanto se desnudaba, se ponía en jarras con aire triunfal y se miraba con narcisismo el miembro que se empinaba. «¿Qué? ¿No está mal? Pues esto no es nada, nada en absoluto. Ya verás cuando me excite.» Yo protestaba: «No, no, me parece perfecto». «¡Quia!» Se mostraba categórico. «¡Te digo que no es nada! ¡Bah!» Decía «bah»,

desdeñoso. «Lo que pasa es que estoy rendido. El trabajo, la vida que llevo: a cien por hora de la mañana a la noche. En realidad me empalmo más. Dame tiempo. ¡Ya verás! ¡Cuando estoy en forma...!» Yo le daba tiempo, mucho tiempo, y nunca veía nada. Al contrario, se metía en la cama, me acariciaba un poco, se le encogía. «¡Ah, ya está! Ahora me sale el cansancio. Vivimos como tontos. ¡Espera, espera a mañana! Ya verás, ¡el doble!» Entonces ya no me costaba creerle, ya podía cuadruplicar o quintuplicar el tamaño, en realidad no pasaba de lo normal. Se iba, me miraba con picardía: «Espera, verás mañana».

Esperé hasta que conocí a su opuesto, el acomplejado. Mismo tipo de miembro, mismas dimensiones, lo único que cambia es la actitud, radicalmente.

El acomplejado dice por ejemplo: «¿La notas, la notas bien? La tengo muy pequeña, lo sé. Además, date prisa, no voy a aguantar cien años. No soy ningún semental. Nunca, nunca lo he sido. Y gracias que he llegado a penetrarte. A veces me corro antes. Conmigo no has tenido suerte. Menos mal que por lo menos hay ternura, porque yo no estoy dotado. ¡Ves! ¡Lo que te decía! Y contigo aún he durado más, con otras nada más verlas...».

Yo nunca sabía si esto era un cumplido o no. Al final decidí quedarme con la duda y conocí al exigente, al más terrible, en mi opinión. Ni quejica, ni exhibicionista, ni encogido, con buen paquete, fiable, que no daba problemas... El problema era yo...

Todo empezaba con caricias varias, muy técnicas, y la primera orden: «Quiero que te excites mucho, que te vuelvas loca, que no puedas más». Yo me esforzaba, me

concentraba, cerraba los ojos. ¿Excitada? ¿Es que lo había estado alguna vez? Pues excitada, excitada... Hasta volverme loca, hasta no poder más... Yo sorteaba el obstáculo, después de un rato de recogimiento, contorsionándome un poco, jadeaba... Él creía en el truco de la tía Zette, pensaba que me hacía feliz. Pasábamos a la siguiente fase. «No has jadeado bastante, voy a hacerte chillar, ¡ya verás!» Y empezaba la cabalgada. Tacatá, tacatá, tacatá... Pasados un número razonable de minutos, yo llegaba hasta a gemir, sin simular demasiado, porque me hacía daño. Segunda orden: «Quiero que te acuerdes de tu madre». No, eso no, eso me cortaba todo. La poca fe que tenía se desmoronaba lamentablemente. ¿Qué pintaba mi madre en aquello? Pensar en ella me arrugaba por dentro. Él, lanzado como estaba, no lo notaba. «¡Va, llámala! ¡Quiero que goces! ¡Que goces, que sientas placer!... Puedo seguir hasta mañana, si quieres...» La perspectiva me daba un miedo tremendo. ¡No, eso no! ¡Nada de hasta mañana! Yo capitulaba: «¡Madre mía, qué gusto!». Nunca se conformaba con una vez. «¡Dilo!» Cambiábamos de posición, sentados, tumbados, por delante, por detrás, yo tenía que decir «Madre mía» cada vez. ¡Qué pesadez! Cuando se iba, emocionado por todo el gozo que me había procurado, yo me pasaba diez minutos refrescándome en el bidé.

Bien, aparte de él, y ya se ve cómo, ningún hombre me hizo arder. Concluí, para tranquilidad mía, que no estaba hecha de material inflamable, me resigné a mi incombustible suerte y cerré mi puerta, mis ojos, mi corazón y todo lo demás al género masculino, a sus ineficaces miembros, a sus estériles intentos... Aliviada por mi abdicación, me con-

formé con hacer vida de joven vieja, me agencí un gato, debidamente castrado, acabé la carrera, encontré un trabajo de secretaria bilingüe en una empresa...

Y seguiría seguramente en mi linda casita, acariciando a mi viejo *Platón* ante la final de *Cifras y letras*, si mi jefe no hubiera tenido la magnífica idea de enviarme a París para un cursillo de perfeccionamiento de una semana...

Todo se precipitó entonces, es lo que Verdi llamó *La fuerza del destino*... El último día del cursillo, un viernes gris del mes de julio, la portera, a cuyo cargo dejé el gato, me llamó al hotel: «A *Platón* lo ha atropellado un coche, señora Vicky. Se ha escapado por la ventana, nadie ha tenido la culpa. No ha muerto, pero está muy mal.»

Se me encoge el corazón. ¿Llegaré a tiempo de ver morir al animal? Lloriqueo en el taxi que me deja en la estación de Lyon. ¡Zas! El destino es sin duda muy poderoso: huelga de trenes. Todo vuelve a la normalidad el lunes. Pero con mi *Platón* muriéndose a quinientos kilómetros, no puedo esperar.

Un tren de cercanías me lleva a las afueras de París, donde me sube un señor en un dos caballos traqueteante que me deja cincuenta kilómetros más adelante. No espero mucho: me paran dos señoras que me proponen llevarme hasta Troyes. De acuerdo, no tengo clara la ruta, el caso es que vayamos al sur... En realidad, Troyes no queda al sur, no en línea recta, pero me siento tan perdida, tan pequeña, tan triste... La compañía de estas mujeres me conforta. La acompañante se vuelve, amable: «Al principio la habíamos tomado por un chico..., pero... bien educado. A los golfos no los paramos».

Es verdad que también yo debo de inspirar confianza, con mi pantalón de vestir, mi chaqueta austera, el pelo corto, la maleta. Y qué triste espectáculo debe de ser verme esta tarde aquí, sola, desamparada, haciendo dedo a las afueras de Troyes, mientras un sol fastidioso sale en el último minuto para ensangrentar un horrible cielo de tormenta. Mi pobre *Platón*...

Me enjugo una lágrima. No pasan muchos coches. ¿Y si anocheciera y tuviera que quedarme aquí sola, abandonada, sin saber adónde ir ni dónde dormir? De pronto me entra miedo. No sé si sería mejor volver a Troyes y buscar un hotel. Además, demasiado tarde, se oye un fuerte runrún, el camión reduce. Me han visto, ha reparado en mi pulgar solicitador, mi aire tímido y temeroso, mi cara de chaval pálido y extraviado. Me armo de valor: los conductores son simpáticos, parece. Espero que... Frenan con un horrible chirrido. El vehículo es colosal, no acaba de detenerse. Por fin se para, yo estoy casi detrás del remolque, a la altura de la segunda rueda. Mejor dicho, está treinta o cuarenta centímetros por delante. Cojo la maleta y echo a correr hacia la cabina con el corazón dando brincos y las piernas flojas. Y la portezuela se abre.

¡Oh, Dios!